

Elena Altuna*

➤ Sarmiento, lector de *El lazarillo de ciegos caminantes*

En 1845, Domingo F. Sarmiento elabora en las páginas de su *Facundo* la dicotomía civilización-barbarie, modelo interpretativo de una cultura nacional profundamente escindida por las guerras civiles y la anarquía. Este complejo panorama se desarrolla entre 1830, fecha en que adviene el fracaso de los proyectos de unidad continental o regional, y 1850, cuando comienzan a consolidarse los Estados, se logra la pacificación social y se fortalecen las economías nacionales con el paulatino crecimiento industrial y el comercio con Europa. Durante este período, dos tendencias dominan el campo intelectual: el liberalismo ideológico en lo político y el romanticismo en el ámbito artístico y literario (Osorio 2000: 41). Sarmiento, exiliado por segunda vez en Chile por su adhesión a la causa unitaria, ejerce el periodismo. Entre el 2 de mayo y el 21 de junio de 1845 aparece en la sección “Folletín” de *El Progreso*, en veinticinco entregas, la *Vida de Quiroga* (Garrels 1988: 419-447); poco después, en julio de 1845, se publica como libro. En el rápido pasaje del folletín al libro, el título será modificado para convertirse, en su primera edición, en *Civilización i barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga i aspecto físico, costumbres i ábitos de la República Argentina* (Santiago: Imprenta del Progreso, 1845)¹; la prevalencia otorgada a los términos opuestos expresa a las claras el éxito alcanzado por la fórmula en su recepción.

Para el tema que me interesa desarrollar, acudiré previamente a dos cuestiones ya abordadas por la crítica: las fuentes del *Facundo* y el origen de los términos de la polaridad en él expuesta. Noé Jitrik, al referirse a las ideas que darán forma a la “ideología” sarmientina, esto es, la influencia del ambiente en el individuo, la lucha entre civilización y barbarie, la relación entre ciencia histórica y literatura, etc., y las consecuentes propuestas acerca de la inmigración extranjera, la educación como valor supremo, la necesidad de organizar las instituciones, observa:

En este nivel, acaso más que de ideología se trate de ‘ideas’ que, a su vez, proponen el también estudiado problema de sus “fuentes”: en este punto acordaríamos de buen grado que hay una instancia ideológica pero indirecta en cuanto por una parte se trata de definir el alcance de una “elección” de dichas fuentes y, por la otra, de la gestación misma de esas fuentes en su proceso propio. En esta vía, podríamos señalar (lo que muchos han señalado) que, por

* Profesora de Literatura Hispanoamericana en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Salta, Argentina. Sus investigaciones se centran en el discurso colonialista de los siglos XVII y XVIII, y en la literatura política latinoamericana del siglo XIX.

¹ La segunda edición (Santiago: Imprenta de J. Bellini Compañía, 1851) sólo elimina el primer nombre de Quiroga. Recién en la tercera edición en castellano se produce otra modificación importante en el título: *Facundo; civilización i barbarie en las pampas argentinas*.

ejemplo, la idea de ‘civilización y barbarie’ resulta de una simbiosis de dos conceptos previos, el primero sacado del novelista norteamericano James Fenimore Cooper, comentador de la conquista “civilizadora” del Oeste; el segundo, de las tesis sobre “guerra” formuladas por Victor Cousin en su *Introducción a la historia de la filosofía* [...] sobre la influencia del medio en el hombre, la fuente de Herder, conocida después de las adaptaciones de Victor Cousin, Quinet y Jouffroy, y apoyada por las observaciones de Humboldt, de quien Sarmiento cita sus *Cuadros de la naturaleza*; en cuanto a las otras ideas beben su forma en las mismas o complementarias fuentes (Jitrik 1987: 133).

Jitrik recupera aquí algunos de los estudios que, como el de Raúl Orgaz (1950: 299-301) encuentran en Cooper la fuente que sugiere a Sarmiento la noción de “tipos” humanos representativos del medio que genera las fuerzas en pugna. Por su parte, en un libro reciente, Diana Sorensen se ha ocupado de rastrear la historia de los vocablos “civilización” y “barbarie”. El primero, comprendido como la supremacía de la razón en el ámbito moral, intelectual y político, es un emergente del espíritu del enciclopedismo. En Francia es utilizado así desde mediados del siglo XVIII, y supone la paralela contraposición con un estadio de barbarie que, en el marco de una concepción lineal de la historia, se entiende superable en virtud del progreso de las naciones. En el área rioplatense, la impronta enciclopedista coadyuva a la circulación del vocablo en periódicos como el *Telégrafo Mercantil* y el *Correo de Comercio* desde fines del siglo XVIII y principios del XIX; por fin, los acólitos de Rivadavia utilizarán por primera vez la dicotomía en el *Mensajero Argentino*. En cuanto a “barbarie”, su uso se remonta a Aristóteles, para quien indica el “afuera” de la *oikumene*. Derivado de esta primera acepción, el término tiene una larga tradición en los escritos coloniales, desde el siglo XVI; en el siglo XIX servirá para caracterizar el modo de vida de gauchos, llaneros, negros e indios. Siguiendo a Jaime Pellicer, Sorensen indica que fue Vicente Fidel López, amigo y compañero de exilio de Sarmiento, quien acude a la reunión de ambos términos para explicar las características culturales de América en su tesis de graduación (Sorensen 1998: 20-25).

En este trabajo, propongo que, al reconocido magisterio ejercido por James Fenimore Cooper, el historicismo romántico y el enciclopedismo, en tanto marcos de reflexión que propician la explicitación de la dicotomía civilización-barbarie en el *Facundo*, es posible incorporar otra fuente, citada por el propio Sarmiento en sus escritos. Se trata de *El lazarillo de ciegos caminantes* (1773 [c. 1776]) de Alonso Carrió de la Vandra, texto que “inaugura” la representación del gaucho y su asimilación a la “barbarie” en el ámbito virreinal peruano². Considero que es de este texto –principalmente– de donde Sarmiento toma la figura del gaucho, para más tarde reelaborarla, “historizándola” al asimilarla a los modos de vida pastoril que derivan en el caudillismo posterior a la independencia. En este sentido, me atrevería a sugerir que las propuestas de eliminación de la

² Roberto González-Echevarría (1988: 385-406) estudia el *Facundo* como un texto mediatizado por los relatos leídos por su autor; así, señala que “el territorio que realmente recorrerá Sarmiento no será el de la Argentina, sino el de los textos de los viajeros europeos. Es un hecho sabido que el conocimiento de la pampa de Sarmiento provenía en su mayor parte de libros, en particular el de Sir Francis Bond Head, *Rough Notes Taken During Some Journeys Across the Pampas and Among the Andes* (1826), que Sarmiento cita por cierto en francés.” Este crítico, sin embargo, no se ocupa de la incidencia del libro de Carrió de la Vandra, aun cuando la historiografía literaria lo ha caracterizado tradicionalmente como un relato de viaje.

barbarie y el diseño de un proyecto territorial a concretar en el futuro emanadas de *El lazarillo* contribuyen, en gran medida, a abonar las conocidas “ideas” de Sarmiento.

Plantear esta relación implica considerar el hecho de que las condiciones de producción de este texto y del *Facundo* se inscriben en proyectos políticos contrapuestos; en efecto, *El lazarillo* es considerado un exponente cabal del reformismo ilustrado en una de sus vertientes: la defensa del régimen colonial español y de las reformas promovidas por Carlos III para optimizarlo. Sarmiento se vale, pues, de un texto que legitima el orden político-social que, en el *Facundo*, es presentado precisamente como generador de la barbarie desde su página inicial: “la naturaleza campestre, colonial y bárbara”³. Ahora bien, mi interés no reside tanto en restituir una genealogía, como en señalar la persistencia, en uno de los textos paradigmáticos del liberalismo argentino del siglo XIX, de un modo de concebir el espacio rioplatense y sus habitantes que se modela en el último tercio del siglo XVIII, en un momento de exacerbación del colonialismo hispánico. Para ello relevaré primero los diseños territoriales emergentes en función de los tipos humanos predominantes y las propuestas de redimensionamiento del espacio que, muy poco después, pasará a conformar el virreinato del Río de la Plata, en el texto de Carrió de la Vandra, y luego trabajaré su posible incidencia en el pensamiento del sanjuanino.

La construcción del territorio en *El lazarillo de ciegos caminantes*

Durante el reinado de Carlos III (1759-1788) cobra un decidido impulso el proyecto de racionalización de los recursos que las colonias proveían a la metrópoli. Las reformas llevadas a cabo se sustentaron en el “espíritu utilitario” de la época y en el pensamiento de los fisiócratas o neo mercantilistas, que enaltecían la agricultura y la ganadería como fuentes del valor de la tierra y reivindicaban el interés individual y el lucro como móviles dignos de la acción humana, según observara Chiaramonte (1979: xxv). La política centralista se propuso optimizar la economía, eliminar el contrabando y reordenar el territorio colonial, creando circunscripciones espaciales más reducidas y, por lo tanto, mejor administradas, que desembocaron en la creación del virreinato del Río de la Plata en 1776 y el establecimiento del sistema de intendencias en 1782. La liberación de trabas comerciales benefició la posición de Buenos Aires, que adquirió progresiva autonomía frente a los intereses de los comerciantes limeños. Para conocer a fondo la realidad colonial y obtener información veraz y actualizada que posibilitase la aplicación de reformas viables, se reactivó durante el reinado de Carlos III la antigua institución de la “visita” indiana⁴.

³ Paradoja que es señalada por Jitrik (1987: 114-115).

⁴ Indica Céspedes del Castillo: “Un monarca autocrático no iba a dudar en la elección; por América se fue distribuyendo a partir de 1764 –con los fines indicados de informar, estudiar e implantar reformas– un pequeño ejército de inspectores, comisionados y visitadores que fueron como los ojos, los oídos y las manos del rey en Ultramar. Se les confían los asuntos más diversos; entre estos, dos aparecen como esenciales al espíritu de las reformas: la administración rápida y eficaz de la justicia, necesaria si todo, por fin, va a marchar con arreglo al insólito principio de observancia de la ley; el desarrollo de las fuentes de riqueza y el aumento de fondos de la Hacienda Real, obligada a grandes dispendios para lograr aquél. Como puede verse, la coyuntura resulta apta para utilizar, con fines renovadores, la vieja y desacreditada institución de la visita general [...]” (1946: 40).

El lazarillo de ciegos caminantes fue escrito por Alonso Carrió de la Vandra como resultado de su visita de inspección al sistema de correos y postas instaurado en 1749 en el virreinato del Perú⁵. La circunstancia de que este texto exceda el carácter de informe burocrático, en virtud —entre otros aspectos— de la ficcionalización del plano autoral o de la convocatoria a un círculo amplio de lectores no institucionales, puede relacionarse con la consolidación, desde la tercera década del siglo XVIII, de un “público” aficionado a los relatos de viaje que aproximaban datos de actualidad respecto de los espacios transitados en los itinerarios⁶. Por otra parte, son evidentes las ventajas que, para este funcionario consustanciado con el reformismo borbónico, ofrecía la función “literaria” tal como ella era entendida en ese momento, pues le posibilitaba persuadir a los lectores de las bondades del sistema y de las propuestas de mejoras por medio de un texto que unía lo útil a lo entretenido. No obstante, el carácter de informe puntual no desaparece del texto en ningún tramo del recorrido; está presente en los datos tomados de los padroncillos parroquiales, en la mención a los funcionarios y autoridades de las ciudades y a los maestros de postas que se designan, remueven o confirman durante la visita. El itinerario se organiza según las jurisdicciones de las ciudades, provincias y rutas, y el recuento de leguas y jornadas entre parajes; esta información se completa con la descripción del camino, los accidentes del terreno y los consejos a los caminantes o pasajeros. Sobre este plano, caracterizado por su “carácter pragmático” y su “inmediatez”, se constituye una mirada que recorre el espacio y produce, simultáneamente, distinciones entre las regiones de acuerdo con el tipo humano o sector predominante en ellas.

En *El Lazarillo* se proponen tres grandes configuraciones espaciales: el Tucumán, que incluye el área rioplatense, desde Montevideo y Buenos Aires hasta La Quiaca; en él predominan los “gaudérios”; el Cusco y sus zonas aledañas, pobladas por “indios racionales”, y Lima, la gran capital virreinal, donde residen los “criollos”. Una inicial oposición funciona al interior de estas tres áreas: espacio urbano/espacio rural, la cual otorga complejidad y cohesión al diseño propuesto por las rutas virreinales. Anota Carrió, al llegar a Buenos Aires:

Esta ciudad está situada al oeste del gran Río de la Plata, y me parece que se puede contar por la cuarta parte del gran gobierno del Perú, dando el primer lugar a Lima, el segundo al Cuzco, el tercero a Santiago de Chile y a ésta el cuarto. Las dos primeras exceden en adornos

⁵ En 1771 Carrió de la Vandra, a la sazón en la corte, donde pretendía obtener recompensa por sus servicios a la corona, logró con el favor del marqués de Grimaldi el cargo de visitador de la ruta de postas y correos desde Buenos Aires a Lima. Dice Borello: “La orden dada a Carrió por Grimaldi formaba parte de un vasto plan de renovación, reorganización y perfeccionamiento de las comunicaciones terrestres y marítimas en que España estaba empeñada. Centralización, eficacia y rentas nuevas para la monarquía borbónica eran algunos de los objetos de ese amplio proceso que se había iniciado en 1664, cuando se instituyeron los Correos Marítimos con las Indias, y se estableció que el puerto base de los mismos sería La Coruña. Cuatro años más tarde, en 1768, Carlos III incorporó a la corona el oficio de Correo Mayor de Indias [...]” (1982: 152).

⁶ En el caso peruano, se distinguen, por su finalidad eminentemente pragmática, las “guías de forasteros” destinadas a brindar información a los viajeros por el virreinato. Entre los más conocidos en su tiempo se cuenta el *Lazarillo de ciegos* del cosmógrafo sanmarquino Cosme Bueno, publicado entre 1764 y 1778 (Valcárcel, en Bueno 1956: 7-11); contiene un sinnúmero de datos geográficos, climáticos e históricos, de allí su popularidad, por lo que fue considerado un modelo digno de imitar por Carrió.

de iglesias y edificios a las otras dos. La de mi asunto se adelantó muchísimo en extensión y edificios desde el año de 1749, que estuve en ella (1973: 139).

Buenos Aires se destaca por su carácter abierto al exterior, su pujanza comercial y el dinamismo de sus “colonos pulidos”, en contraste con las cinco ciudades del Tucumán, “que todas juntas no componen la de Buenos Aires” (1973: 169-170). La sociedad cordobesa, en tanto, se caracteriza por su “despotiquez” y la celosa guarda de sus privilegios⁷. A la base de la comparación contrastiva entre la ciudad-puerto y las mediterráneas opera la matriz civilización-barbarie, cuyos componentes diferenciadores, por otra parte, son elaboraciones provenientes de tres siglos de colonialismo, a lo largo de los cuales fueron adquiriendo carácter de estereotipos un conjunto de representaciones referidas a los grupos integrantes de la sociedad colonizada. La “barbarie”, tal como es concebida por la mentalidad colonizadora, suma en este momento un tipo social al que Carrió dedica una extensa descripción: el gauderio⁸. La figura del gaucho se anuncia acompañada de una evaluación espacial condicionante: la abundancia de la tierra y la multitud de ganado cimarrón, lo que incide en la contumaz holgazanería de sus habitantes. Desde la campaña montevideana en adelante el visitador advierte la presencia de una multitud de vagos y mal entretenidos, que: “se pasean a su arbitrio por toda la campaña y con notable complacencia de aquellos semibárbaros colonos, comen a su costa y pasan las semanas enteras tendidos sobre un cuero, cantando y tocando” (1973: 135). La facilidad para obtener el alimento, el ocasional conchabo como peones en el circuito tucumano del comercio de mulas —donde se destacan por su “grosero, bárbaro e inhumano modo de amansar” (1973: 239)— propician el modo de vida improductivo de los gauchos, fundado en el placer y en la libertad. Pero no son sólo trashumantes; también se encuentran dispersos en el extenso territorio tucumano, viviendo en estado de aislamiento y absoluta pobreza:

[...] el corto número de colonos se contenta [con vivir rústicamente, manteniéndose de un trozo de vaca y bebiendo sus alojas, que hacen muchas veces dentro de los montes, a la sombra de los coposos árboles que producen la algarroba. Allí tienen sus bacanales, dándose cuenta unos gauderios a otros, como a sus campesines cortejos, que al son de la mal encordada y destemplada guitarrilla cantan y se echan unos a otros sus coplas, que más parecen pullas (1973: 24).

Así planteada, se expresa en *El lazarillo* la oposición entre una naturaleza que no cesa de “producir”, en un conjunto en el que las especies vegetales y animales derrochan abundancia, y estos colonos o gauderios sumidos en la desidia. Tal tipo humano despier-ta, en la mentalidad ilustrada del visitador, una mezcla de desprecio y fascinación. El

⁷ En el segmento del texto dedicado a la descripción de Córdoba se relata el cuento de la “mulatilla”, azotada por las señoras por vestirse con ropajes ajenos a su condición. Carrió no desaprovecha la oportunidad para ironizar: “...y no sé cómo aquellos colonos prueban la antigüedad y distinguida nobleza de que se jactan; puede ser que cada familia tenga su historia genealógica reservada.” (1973: 167)

⁸ Cuya etimología, por otra parte, *El lazarillo* ayuda a fijar; en efecto, se señala en *Corominas* que: “*gaudeamus* produjo a su vez el rioplatense y port. *Gauderio*: hombre de mala vida, 1773.” El año indica la fecha con que comúnmente se ha datado el libro de Carrió de la Vandra.

gaucho diseña con su vida errática un estadio intermedio, semibárbaro, frente a los grupos considerados el extremo de la barbarie: los indios pampas y del Chaco, cuya caracterización, por cierto, no se encuentra demasiado alejada de la de los gauchos⁹. El espacio tucumano aparece, en consonancia con el tipo de costumbres de sus habitantes, como un territorio sin límites, una “frontera” en la que el “otro” propone sus propias interacciones y, en este sentido, ejerce resistencia al orden colonial y al progreso de las ciudades.

El segundo territorio ideológicamente conformado abarca el espacio que media entre Potosí y Lima; el fundamento de la riqueza reside ahora no en la tierra, sino en los minerales y en el laboreo de los indios ya “reducidos”, lo que propone la imagen de un territorio efectivamente colonizado. A diferencia del Tucumán, este espacio es escenario de una intensa actividad productiva, en la que el pacto colonial supone la guía de los españoles y el acatamiento de los indígenas. De aquellos se destaca su longevidad, de estos “su limitado talento” (1973: 323), aun cuando –concede el visitador– es posible encontrar pueblecitos donde los indios hablan solamente el castellano, situación lingüística que asimila a la racionalidad. La estancia en el Cusco dará entrada al intertexto crítico; Carrió se esforzará en demostrar que el juicio de los europeos hacia la conquista española es absolutamente errado y afirmará las bondades del modelo de colonización español, frente al sistema de factorías implementado por otras naciones. En este sentido, el texto profundiza la perspectiva colonialista al mostrar abiertamente las ventajas del modelo vigente (1973: 341); éstas, así consideradas, constituyen el sustento del discurso reformista, articulado a partir de la observación de los “vicios” y “deficiencias” que aún persisten en la sociedad colonizada.

El tercer espacio que se diseña en el texto es Lima. La capital del virreinato se presenta como un emblema de la autoridad política, judicial y religiosa y como punto de concentración de la riqueza y la cultura; en ella florecen los ingenios criollos. A su apología se aboca Alonso Carrió, refutando las conocidas críticas acerca de su debilidad y temprana decrepitud intelectual. En *El lazarillo*, la defensa del español americano se confunde con la defensa del criollo limeño, sector que convoca su sentido de pertenencia, lo que significa que no está interesado en defender a los criollos de otras regiones. Esta diferencia se advierte no sólo en la preeminencia que termina otorgando a los ingenios peruanos por sobre los mexicanos, sino además en la designación de “colonos pulidos” (1973: 140) para referirse a los criollos de Buenos Aires o de las ciudades del Tucumán.

En este plano, entonces, en el que se presentan las tres configuraciones espaciales, la descripción –de acuerdo con la impronta ilustrada de ordenar y clasificar– obra como diagnóstico; permite evaluar los espacios en función de los tipos humanos característicos y, particularmente en lo referido a la extensa región del Tucumán, relevar las potencialidades que ofrece la naturaleza. La evaluación, por otra parte, es el paso previo a la propuesta de reformas.

⁹ “Por pueblo bárbaro tengo aquel que no está sujeto a leyes ni a magistrados, y que finalmente vive a su arbitrio, siguiendo siempre sus pasiones. De esta naturaleza son los indios pampas y los habitantes del Chaco.” (1973: 379)

El discurso reformista

El objetivo inmediato de la visita a las postas y estafetas es, como se ha señalado, producir reformas que permitan optimizar las comunicaciones y el comercio. A estas propuestas, ligadas a sus funciones, el visitador suma otras, que trascienden hacia otros aspectos de la realidad virreinal y son producto de su experiencia de casi cuatro décadas en América. La descripción de los vicios y del estado en que viven los indios pampas y chaqueños, los gauchos y los indios peruanos se apoya en la premisa de su común *inutilidad para el Estado*. Demostrada ésta, Carrió avanza hacia las propuestas de reforma radical para cada sector y región.

En la ficción de diálogo entre el visitador y Concolorcorvo, éste le pregunta por qué no ha sido posible “reducir y sujetar” (1973: 378) a los indios del Chaco. La respuesta está destinada a instruir a aquellos españoles que piensan que con mil hombres y unos buenos oficiales se puede conquistar tan dilatada frontera. En opinión del visitador, este método no es eficaz, debido al nomadismo de los indios; por ello, considera “que no hay otro medio con los indios bárbaros que el de la defensiva e irlos estrechando por medio de nuestra multiplicación” (1973: 381). Refuerza este argumento con la experiencia observada en la frontera de Nueva Vizcaya, en la que el establecimiento de una red de presidios permitió la formación rápida de poblaciones estables de españoles y mestizos, que operaron como una barrera de contención contra los indios. Lo que el visitador no explicita directamente es que la *reducción* de la frontera es equivalente al *exterminio* de los indios; sin embargo, lo dice indirectamente a través de la sintomática inclusión de dos “chistes”: el del capitán Berroterán, que a la demanda de paz de los indígenas respondía con un ataque más violento (1973: 380-381), y el del dilema propuesto a los sabios de Lima¹⁰. Para esta empresa no se puede contar con el gaucho, ya que su tendencia a desplazarse lo torna incapaz de mantener una línea de frontera; dos soluciones se proponen a este escollo:

Para la reducción de éstos no hay otro arbitrio que el de que se multipliquen nuestras poblaciones por medio de los casamientos, sujetando a los vagantes a territorios estrechos y sólo capaces de mantenerlos con abundancia, con los correspondientes ganados, obligando a

¹⁰ Esta secuencia se incluye como cierre de la descripción del Tucumán: “Antes de salir de esta jurisdicción, voy a proponer un problema a los sabios de Lima. Atravesando cierto español estos montes en tiempo de guerra con los indios del Chaco, se vio precisado una noche a dar descanso a su caballo, que amarró a un tronco con un lazo [...] se echó a dormir un rato bajo un frondoso árbol, poniendo cerca de su cabecera una carabina proveída de dos balas. A pocos instantes sintió que le despertaban [*sic*] levantándole de un brazo y se halló con un indio bárbaro, armado de una lanza y con su carabina en la mano, quien le dijo con serenidad: ‘español, haz tun’; esto es, que disparase para oír de cerca el ruido de la carabina. El español, echando un pie atrás, levantó el gatillo y le encajó entre pecho y espalda las dos balas al indio, de que quedó tendido. Se pregunta a los alumnos de Marte si la acción del español procedió de valor o de cobardía, y a los de Minerva si fue lícita o no la resolución del español.” (1973: 176-177). El “problema” contiene una doble lectura; por una parte, señala de manera jocosa la única vía de acción que el visitador entiende válida para acabar con las incursiones de los indios del Chaco; por otra, satiriza la tendencia a caer en excesos reflexivos de los letrados limeños, aspecto que en clave similar se critica en el “Prólogo” a propósito de la biblioteca del caballero tucumano y la inutilidad de un saber desgajado de la realidad. De acuerdo con esta segunda lectura posible, la solución al problema del indio no debe dejarse librada a inútiles cavilaciones.

los hacendados de dilatado territorio a que admitan colonos perpetuos hasta cierto número, con una corta pensión los primeros diez años [...] (1973: 257).

La sujeción del gaucho mediante el sistema de arriendo de tierras se completará con el pago en mercaderías como mecanismo de retención de mano de obra –“el modo de sujetarlos es señalarles una tienda” (1973: 214)–, solución que se ensayará en muchas zonas de frontera desde el siglo XIX, según lo estudiara Federica Barclay (1998). A la propuesta de sujetar a los vagantes, se añade otra, que busca paliar la escasez de colonos en el Tucumán: promover la formación de doscientos pueblos de cien vecinos cada uno que, en pocos años, lleguen a conformar un gran número de poblaciones, desde el Carcarañar hasta Jujuy. El proyecto no se limita, sin embargo, a una redistribución de la población y el consecuente redimensionamiento espacial, sino que implica la presencia de la inmigración europea, esencial para modificar las malsanas costumbres de los gauchos:

Si la centésima parte de los pequeños y míseros labradores que hay en España, Portugal y Francia, tuvieran perfecto conocimiento de este país, abandonarían el suyo y se trasladarían a él: el cántabro español, de buena gana; el lusitano, en *boahora*, y el francés *très volontiers*, con tal que el Gran Carlos, nuestro Monarca, les costeara el viaje con los instrumentos de la labor del campo y se les diera por cuenta de su real erario una ayuda de costas, que sería muy corta, para comprar cada familia una yunta de bueyes, un par de vacas y dos jumentos, señalándoles tierras para la labranza y pastos de ganados bajo de unos límites estrechos y proporcionados a su familia [...] (1973: 254).

Se trata, entonces, de un plan de reformas perfectamente articulado –que en el caso del indio peruano incluye una política de aculturación lingüística– que proyecta un territorio posible y una sociedad diferente a la observada. Es este discurso prospectivo, caracterizado por el uso del condicional, el que expresa con total claridad el pensamiento reformista de Alonso Carrió de la Vandra. *Eliminación*, en el caso de los indios “bárbaros”, y *sustitución*, en el de los gauchos semibárbaros, son las vías propuestas para transformar “una provincia tan dilatada y fértil” (1973: 253) en un territorio efectivamente colonizado. La serie *nomadismo- inmensa extensión- improductividad* connota la *barbarie*, en tanto que la *civilización* supone *sedentarismo- reducción espacial- productividad*¹¹. En *El lazarillo* la frontera no aparece como un espacio vacío, sino ocupado por un bárbaro cuyo peligro radica, sobre todo, en el contacto con el gaucho. La amenaza, en este momento de exacerbación de los prejuicios eurocéntricos, se centra precisamente en la posibilidad de la *mezcla racial*, denigrada por el funcionario en otras zonas del texto. En este sentido, lo que aquí se proyecta es una representación de la frontera como espacio a ser vaciado y, en una etapa posterior, ocupado por la inmigración europea. Entraña, como parte de ese proceso de ocupación, la violencia futura como mecanismo de control del Estado.

¹¹ Serie que tiene su punto de partida en una distinción de antigua raigambre colonial; en efecto, el visitador diferencia los “pueblos bárbaros” de los “indios civiles”, estos últimos sujetos a los emperadores de México y Perú y caracterizados por su sedentarismo y obediencia a la autoridad.

Sarmiento, lector de *El Lazarillo*

La representación del inmenso territorio tucumano y de sus habitantes, así como las propuestas canalizadas en este texto, habilitan la relación con algunos de los planteos esbozados en el *Facundo*. Sarmiento no sólo fue un atento lector de *El lazarillo*, también acudió a él en dos oportunidades para extraer datos puntuales y ratificar su perspectiva. En *Conflicto y armonía de las razas en América* (1883), al referirse al crecimiento de la población de Buenos Aires, incluye la cifra registrada por Carrió de la Vandera para 1770¹². Pero es en sus *Viajes por Europa, Africa i América. 1845-1847*, donde cita textualmente un fragmento, a modo de encabezamiento de la descripción del gaucho¹³. En la carta dirigida a Vicente Fidel López –titulada “Montevideo”– en la que vierte sus impresiones respecto del espectáculo que ofrece al viajero la plaza sitiada, en enero de 1846, Sarmiento destaca el violento contraste entre la heterogénea y dinámica sociedad europea que ha repoblado la ciudad y el “montevideano criollo”:

Es este el antiguo tipo colonial que se revuelca en el fango, i se descompone en los puntos remotos, donde el comercio europeo no viene a inyectarle nueva vida [...] no hai reconciliación posible entre lo pasado i lo presente; i la raza desheredada vaga en torno de su antigua ciudad que lo rechaza [...]. El gaucho oriental con su calzoncillo i chiripá, afirmado en el poste de una esquina, pasa largas horas en su inactiva contemplación; atúrdelo el rumor de carros i de vehículos; el hierro colado ha reemplazado a los informes aparatos que ayudaban su grosera e impotente industria; la piedra que él no sabe labrar, sirve de materia para los edificios; robustos vascos, gallegos i jenoveses, se han apoderado del trabajo de manos; italianas i francesas hacen el servicio doméstico; i aturrido, desorientado en presencia de este movimiento en que, por su incapacidad industrial le está prohibido tomar parte, busca en vano al antigua pulpería en que acostumbraba pasar sus horas de ocio, escuchando cantares de amor i apurando la botella amiga de la desocupacion de espíritu (1909: 33-35).

Las imágenes (por otra parte, plasmadas reiteradamente en la pintura rioplatense) despliegan el contrapunto entre los europeos en su trajín laborioso y esta figura inmóvil, detenida en el tiempo. Sus reductos últimos son la pulpería y los confines de la campaña; hacia ellos se retrae el gaucho, como la barbarie ante el progreso civilizatorio, dejando el testimonio único de su canto¹⁴. La impronta de *El lazarillo* se deja ver, entonces, en la

¹² “En 1770, el *Lazarillo de ciegos caminantes* le da á Buenos Aires 22.007 habitantes en todo, reputándose aproximadas estas cifras.” (1900, t. XXXVIII: 178.)

¹³ “La mayor parte de la población, dice un cronista, se compone de muchos desertores de mar i tierra, i algunos polizones que, a título de la abundancia de comestibles, ponen pulperías con mui poco dinero, para encubrir su poltronería i sus contrabandos’... ‘Tambien se debe rebajar del referido número de vecinos, muchos holgazanes *criollos*, a quienes con grandísima propiedad llaman gauderios.’ Titúlase el libro que contiene datos tan preciosos: “*El lazarillo* [...] Pues bien, lo que observaba el lazarillo de ciegos caminantes y repetía el Inca Concolorcorvo, sucede hoy ni más ni menos. El montevideano criollo, es aquel que canta aun en las pulperías [...]” (1909, V: 33.)

¹⁴ Es este canto, por otra parte, el que atrae al viajero; gesto que aúna a Sarmiento con Carrió, que no dudó en incorporar las coplas de los gauchos tucumanos a sus notas. Tentado por ese fondo de oralidad en el que advierte el despuntar de una poesía “americana”, dedica la última parte de su relato a recorrer las calas de este canto que “... se eleva rudo i barbaresco desde las filas del soldado, hasta depurarse i tomar formas mas cultas en la boca de coroneles, ministros i jenerales.” (1909: 57), y desembocar en las com-

representación del gaucho; el texto opera como un motor escriturario que permite al sanjuanino inscribir esta figura en la problemática del caudillismo y de un “americanismo” retardatario, encerrado en localismos, tema en el que, sin embargo, despunta la amenaza de una excesiva presencia europea a través del bloqueo.

La cercanía de motivos entre este texto y el *Facundo*, escrito pocos meses atrás, es evidente. Todo indica que, al momento de su escritura, *El lazarillo* ya formaba parte del bagaje intelectual de Sarmiento y que su incidencia no fue escasa a la hora de elaborar sus reflexiones. ¿Qué líneas de confluencia pueden señalarse? En primer lugar, la vinculación causal entre lo social y lo geográfico. Este determinismo, que encadena ambientes con inclinaciones, se fue conformando como ideología eurocéntrica desde el siglo XVI y alcanzó su consolidación a mediados del siglo XVII con las tesis de Buffon referidas a la debilidad de las especies animales, a la impotencia sexual de los salvajes americanos y a la putrefacción de la naturaleza casi acuática del continente, teorías radicalizadas por el enciclopedista Cornelius de Pauw, quien ve en América sólo degeneración y decrepitud (Gerbi 1960: 3-31; 49-72).

En segundo lugar, cabe señalar que la “descripción” del medio físico y de sus tipos humanos, tiene como objetivo clasificar y obrar como “diagnóstico” de la realidad observada: “La clasificación que hace a mi objeto es la que resulta de los medios de vivir del pueblo de las campañas, que es lo que influye en su carácter y espíritu” (Sarmiento 2000: 37). La descripción, tanto en Carrió de la Vandera como en Sarmiento, es el soporte de una “acción discursiva” que se propone –como indica el sanjuanino en su carta a Valentín Alsina– “una acción inmediata y militante” (2000: 24). En este sentido, tanto los “chistes” que incorpora el visitador, como las anécdotas referidas a Facundo Quiroga y las “escenas” presentes en ambos textos, constituyen las zonas de mayor presión ideológica, a partir de las cuales se naturalizan las propuestas. Así, por ejemplo, la estadía en la casa rural del caballero tucumano, escena relatada en el “Prólogo” de *El lazarillo*, permite al visitador inferir el escaso interés del personaje en asuntos de actualidad, su desconocimiento de la realidad circundante y lo anacrónico de sus lecturas (1973: 118-119). Por su parte, Sarmiento declara haber presenciado en 1838, en la sierra de San Luis, “una escena campestre, digna de los tiempos primitivos del mundo” (2000: 42), en casa de un estanciero cuyas únicas ocupaciones eran rezar y jugar. Aun cuando en ninguno de los dos casos la visión es absolutamente negativa, se advierte un propósito común: presentar el aislamiento de la campaña y sus efectos sobre los individuos –aun “europeos”– que, reducidos a perpetuar usos lingüísticos y religiosos ya perimidos, sin contacto con las novedades de la civilización.

También el sistema analógico es compartido por ambos autores; así, para Carrió los gauchos se encuentran “viviendo como los israelitas en el desierto” (1973: 258), en tanto

posiciones de Rivera Indarte, Florencio Varela, Ascazubi, Echeverría... y el propio Sarmiento: “Echeverría describiendo las escenas de la pampa, Maldonado imitando el llano lenguaje, lleno de imágenes campestres del cantor, ¡qué diablos! Porque no he decirlo, yo, intentando describir en Quiroga la vida, los instintos del pastor argentino, ¡ Ruguendas, pintando con verdad las costumbres americanas; hé aquí los comienzos de aquella literatura fantástica, homérica, de la vida bárbara del gaucho [...]” (1909: 58). En ese pasaje de la oralidad a la escritura, mediado por la ley del Estado que la jerarquía militar impone, se despliega una de las modulaciones que refieren a la reducción de la barbarie. Una lectura de estas cuestiones puede verse en Julio Ramos (1988: 551-569).

que para Sarmiento sus caras cerradas de barba y sus semblantes serios son “como la de los árabes asiáticos” (2000: 44). De otro lado, es innegable la impronta de *El lazarillo* en la configuración de la imagen del gaucho retomada por Sarmiento:

La vida del campo, pues, ha desenvuelto en el gaucho las facultades físicas, sin ninguna de las de la inteligencia [...] Sin ninguna instrucción, sin necesitarla tampoco, sin medios de subsistencia, como sin necesidades, es feliz en medio de su pobreza y de sus privaciones, que no son tales, para el que nunca conoció mayores goces, ni extendió más altos sus deseos [...] El gaucho no trabaja; el alimento y el vestido lo encuentra preparado en su casa; uno y otro se lo proporcionan sus ganados, si es propietario; la casa del patrón o pariente, si nada posee (2000: 45).

Hay, igualmente, estrechas similitudes en el modo de presentación de los tipos característicos: “el baqueano” y sus hábitos de amansar al ganado, y “el cantor”; similares epítetos serán utilizados para designar las “torpes” composiciones musicales, que ambos autores habrán de comparar con las de tiempos pretéritos, aun cuando no dejaran de registrar sus hallazgos citando coplas o cantos¹⁵.

Por último, cabe señalar que la frontera recibe un tratamiento que presenta ciertas coincidencias; en ambos casos se trata de un espacio a ser reducido en un futuro y mediante idéntica política poblacional; en su apelación a los lectores, dice Sarmiento: “Imaginaos una extensión de dos mil leguas cuadradas cubierta toda de población, pero colocadas las habitaciones a cuatro leguas de distancia unas de otras, a ocho, a veces, a dos, las más cercanas” (2000: 40). Lo que permite inferir que, en los momentos observados por estos autores, los contactos interétnicos eran mucho más efectivos y permanentes de lo deseable. El análisis de Baretta y Markoff (1978) ha demostrado que, lejos de estar rígidamente separadas, en las fronteras ganaderas la civilización y la barbarie se hallaban en estrecha dependencia; en ellas, la violencia y la negociación de la paz eran las caras de una sola moneda. En este sentido, lo que los textos de Carrió de la Vandera y Sarmiento proponen son “fronteras discursivas de exclusión”, es decir, proyecciones, desde un discurso hegemónico, que plantean modelos de reducción de la diversidad. Lo que, en todo caso, distancia a Sarmiento de su antecesor (además de la obvia diferencia de contextos coloniales y neocoloniales) es el carácter de modelo interpretativo que alcanza la dicotomía, precisamente por la fuerza de la tensión oposicional que la define.

La propuesta de lectura aquí esbozada permite, en suma, reponer una línea de continuidad entre el pensamiento reformista del siglo XVIII y el liberalismo del XIX; la persistencia de las huellas expresa la duración, en el ámbito de las mentalidades, de una manera específica de concebir al territorio y al proyecto que lo implica, aun cuando en principio ella podría desmentirse en el terreno de las luchas políticas y en la expresa declaración de ruptura con el espíritu colonial, hispánico e inquisitorial, cerrado al progreso y a la civilización europeas, tal como lo entiende Sarmiento.

¹⁵ Cabe, sin embargo, señalar una diferencia entre ambos autores; en Carrió de la Vandera la escena del encuentro campestre es trabajada a partir de la parodia de autores del siglo XVII español. De allí el uso arcaico de vocablos como “jayanes”, para referirse a los gauchos, o de “coposa haya” para ilustrar notas del ambiente en el que se reúnen éstos (1973: 247-250). Por su parte, Sarmiento –siguiendo la tónica romántica– evoca las composiciones de los bardos medievales (2000: 60).

Bibliografía

- Barclay, Federica (1998): "Sociedad y economía en el espacio cauchero ecuatoriano de la cuenca del río Napo, 1870-1930". En: García Jordán, Pilar (ed.): *Fronteras, colonización, mano de obra indígena en la Amazonía Andina (siglos XIX-XX)*. Lima: PUCP/UB, pp. 125-238.
- Baretta, Silvio; Duncan, R., y Markoff, J. (1978): "Civilization and Barbarism: Cattle Frontiers in Latin America". En: *Comparative Studies in Society and History*, 20: 4, pp. 587-620.
- Borello, Rodolfo (1982): "Alonso Carrió de la Vandera". En: Íñigo-Madrigal, Luis (coord.): *Historia de la Literatura Hispanoamericana*. Tomo I: "Epoca colonial". Madrid: Cátedra, pp. 151-157.
- Bueno, Cosme (1966): *Geografía del Perú virreinal (siglo XVIII)*. Ed. Daniel Valcárcel. Lima: s/p. Imprenta.
- Carrió de la Vandera, Alonso ([1773, c.1776] 1973): *El lazarillo de ciegos caminantes*. Ed. Carilla, Emilio. Barcelona: Labor.
- Céspedes del Castillo, Guillermo (1946): "La visita como institución indiana". En: *Anuario de Estudios Americanos* III, pp. 984-1025.
- Chiaramonte, José Carlos (comp.) (1979): *Pensamiento de la Ilustración. Economía y sociedad iberoamericanas en el siglo XVIII*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Garrels, Elizabeth (1988): "El *Facundo* como folletín". En: *Revista Iberoamericana* LIV: 143, pp. 419-448.
- González Echevarría, Roberto (1988): "Redescubrimiento del mundo perdido: el *Facundo* de Sarmiento". En: *Revista Iberoamericana*. LIV: 143, pp. 385-406.
- Gerbi, Antonello (1960): *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica. 1750-1900*. Trad. Antonio Alatorre. México: FCE.
- Jitrik, Noé (1987): "El *Facundo*: la gran riqueza de la pobreza". En: *La memoria compartida*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Orgaz, Raúl A. (1950): "Sarmiento y el naturalismo histórico". En: *Sociología argentina, Obras Completas* Tomo II, Córdoba: Assandri, pp. 265-332.
- Osorio T., Nelson (2000): *Las letras hispanoamericanas en el siglo XIX*. Prólogo de José Carlos Rovira. Murcia: Universidad de Alicante/Universidad de Santiago de Chile (Col. "Cuadernos de América sin nombre").
- Ramos, Julio (1988): "Saber del 'otro': escritura y oralidad en el *Facundo* de D. F. Sarmiento". En: *Revista Iberoamericana* LIV: pp. 143, 551-569.
- Roig, Arturo Andrés (1981): *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*. México: FCE.
- Sarmiento, Domingo Faustino (1900): *Conflicto y armonías de las razas en América*. En: *Obras*. Tomo XXXVIII. Buenos Aires: La Facultad.
- (2000): *Facundo*. Prólogo y notas de Alejandra Laera. Buenos Aires: Colihue.
- (1909), *Viajes por Europa, Africa i América. 1845-47*, en: *Obras*. Tomo V. París: Belin Hermanos Editores.
- Sorensen, Diana (1998): *El Facundo y la construcción de la cultura argentina*. Trad. César Aira. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.